



ABADES 11
NUESTRA VIDA EN LA CORRALA

Antolín Castaño Florencio

ABADES 11
NUESTRA VIDA EN LA CORRALA



Primera edición: febrero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antolín Castaño Florencio

ISBN: 979-13-87612-66-5

ISBN digital: 979-13-87612-67-2

Depósito legal: M-5039-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi padre, Luis Castaño Merino.
Siento no haber terminado la novela antes de marcharte.
Siempre en mi corazón, te quiero.*

AGRADECIMIENTOS

Hay una persona muy especial a la que quiero agradecer el apoyo, la confianza y la fuerza que me ha transmitido en los momentos más difíciles. Ella no me dejó caer en el abismo y desde entonces siempre ha estado a mi lado. Rosa, sin ti no hubiera sido posible seguir adelante, tampoco hubiera sido capaz de recuperar la sonrisa. Es maravilloso ver la vida de la forma que tú lo haces.

Gracias a Rosa, Maribel, Nines y Braulio, fuisteis los primeros en tener el manuscrito en las manos, mis lectores cero. Vuestras opiniones, ideas y críticas constructivas, me ayudaron a empatizar desde la posición del lector, algo difícil para los que empezamos a escribir y a veces de forma inconsciente lo hacemos para nosotros mismos.

Deseo agradecer con todo mi cariño y admiración a las personas mayores, muchas de ellas nonagenarias, que compartieron conmigo sus recuerdos. Una lección de vida impartida por aquellos que tejieron sus canas luchando para sobrevivir en unos años poco esperanzadores. Gracias, por mostrarme en vuestros paseos el barrio de Lavapiés viajando en la máquina del tiempo de vuestra memoria, rescatando vivencias y viejas historias de vuestras vidas en las corralas madrileñas. Tuvimos buenos momentos compartiendo cafés y algún que otro desayuno, disfrutando los churros con chocolate en emblemáticos establecimientos del viejo Madrid.

La colaboración de los vecinos de Lavapiés que tuvieron a bien abrirme la puerta de sus corralas para poder familiarizarme con la arquitectura, parte importante para escenificar la novela. Las corralas de las calles del Rollo, San Cayetano, del Oso, Tribulete, la corrala de Carlos Arniches y la Posada del dragón de la Cava Baja, corrala esta última que ya tuve el placer de visitar trabajando con uno de los escenarios de mi primera novela, *Ángel Fernández Holguera, Sobreviviendo a mi vida*.

A Silvia Cuarto, por ese precioso dibujo que ilustra las primeras páginas, perfilando el corazón de la corrala, una gran artista y maravillosa persona que de forma desinteresada se implicó en el proyecto.

La imagen de la portada de un libro es el alma de su contenido y esta increíble y maravillosa fotografía fue un regalo. A pesar de no pertenecer a una corrala madrileña. En un principio traté de hacerme con la fotografía de una vivienda de la calle Toledo. No voy a mencionar el nombre para evitar problemas. No pude utilizarla pues prevalecía más el interés de beneficiarse cobrándome los derechos, que colaborar y ver su imagen en la portada de la novela. Quizás la tarifa y ser un escritor novel le pareció un negocio redondo. Menos mal que encontré otra imagen preciosa y el propietario de los derechos de imagen con menos intereses materiales que el anónimo mencionado anteriormente.

La fotografía de la portada tiene su historia, como todo aquello que encontramos en el viejo baúl de los recuerdos. En agradecimiento a esta persona, Emilio Martínez de Victoria Muñoz, nieto del autor del retrato, Manuel Martínez de Victoria y Fernández de Liencres.

Después de desilusionarme con la imposibilidad de acceder a la fotografía de la corrala madrileña, eliminé del motor

de búsqueda la palabra Madrid, dejando únicamente la palabra «corralas». Seleccioné la pestaña de imágenes y de inmediato captó la atención una fotografía. Al instante supe que estaba hecha a la medida para la historia que había escrito. No podía dejarla escapar, algo me decía que era la representación de mi novela.

Fue fácil entrar al enlace de la fotografía, este me llevó a la portada del *Diario independiente de Granada*, un artículo dedicado a las viviendas corredor, rebautizadas posteriormente en Madrid como corralas. Escribí un email al *Diario independiente de Granada*, Juan Ignacio Pérez, tuvo la amabilidad de responderme y ponerme sobre la pista a través de la nieta del autor de la fotografía, doña María de los Ángeles Martínez de Victoria Muñoz, quien cedió la imagen al museo granadino La casa de los tiros en 2003 para homenajear en una exposición a su abuelo, don Manuel Martínez de Victoria y Fernández de Liencres.

Encontré la esquila de doña María de los Ángeles de Victoria Muñoz en internet, a juzgar por la fecha de nacimiento supuse que se trataba de la nieta del fotógrafo, había fallecido en agosto de 2023. La búsqueda me llevó a los familiares, fue entonces cuando encontré a su hermano, Emilio Martínez de Victoria Muñoz, pudiendo comunicar con este a través de una red social.

Emilio se interesó por mi petición, buscó la fotografía y tuvo la amabilidad de cedérmela sin ningún tipo de interés. En deferencia a su colaboración y ayuda le doy las gracias y hago mención por hacer posible el acceso a esta increíble representación visual de mi novela.

La fotografía es de la Casa del Chapiz de Granada, una imagen de principios del siglo XX. En aquel entonces era una

vivienda habitada. Esta es la imagen que inmortalizó don Manuel Martínez de Victoria y Fernández de Liencres.

INTRODUCCIÓN

Con esta novela quiero rendir un homenaje al Madrid de las primeras décadas del siglo XX, un Madrid de postal, una postal en blanco y negro que nos deja atrapados, reconstruyendo con la imaginación la escena de su fotografía.

El retrato que he tratado de plasmar en la novela lleva el recuerdo de aquellas personas que habitaron el reducido espacio de las castizas corralas. Un patio como eje central de sus corredores, largos pasillos donde la vida fluye en idas y venidas y en su recorrido delimitando cada vivienda, las puertas que dan acceso a su interior y tras cada puerta una familia, una historia de vida que contar al lector.

Me he decantado por un barrio, Lavapiés. Buscando lo más chulapo y castizo, el corazón donde habitan *manolos* y *manolas*; las calles, plazas, costanillas, travesías, comercios, tascas y los más bellos rincones de un Madrid con olor a pueblo.

Fue con mi primera novela, *Ángel Fernández Holguera, Sobreviviendo a mi vida*, cuando mi curiosidad despertó una idea, un proyecto que enseguida tomó forma en mi cabeza. El personaje, Ángel, llegó a Madrid en 1956 y pasó la primera noche en la conocida Posada del dragón, un lugar con la arquitectura típica de una corrala, en aquel momento tomé mi bloc de notas e hice un apunte, una sola palabra «CORRALA».

El nacimiento de *Abades 11, nuestra vida en la Corrala* tuvo complicaciones. Era la segunda novela que escribía, había que levantar en mi imaginación una corrala; edificar y distribuir el patio, el pozo, las dos escaleras que daban acceso a ambos corredores y lo más complicado y por lo que estuve a punto de tirar la toalla en varias ocasiones, los personajes.

Diez viviendas como mínimo y en cada vivienda una familia, esto me dejaba una media de treinta a cuarenta personajes con los que interactuar, además quise recordar junto a la novela detalles de Madrid; calles, comercios, chismes y alguna que otra noticia en la que mover a los personajes.

Todo comenzaba con un nombre, la imaginación hizo el resto; lo visualizaba y le daba un perfil, su físico, la personalidad y ciertas peculiaridades. Fui dando vida a las familias, pasando de puerta en puerta e investigando mucho, no solo en hemerotecas y bibliotecas, sino echando mano de la información más fiable, la del boca a boca a pie de calle.

Comencé hablando con los vecinos de más edad que conocieron de primera mano la vida en las corralas de Lavapiés. Di muchos paseos a horas tempranas por los alrededores del Rastro de Madrid; las calles del Oso, Rivera de Curtidores, Toledo, Mesón de Paredes, la que fuera Plaza del Progreso, Puerta del Sol, Plaza Mayor, Glorieta de Cuatro Caminos y tantas otras que menciono a lo largo de la novela.

Pude compartir cafés e incluso chocolate y churros con los que me dieron un decorado repleto de detalles. Personas no-nagenarias que tuvieron la experiencia de vivir en una comunidad de vecinos dentro de estas corralas. Sus descripciones de la época sobrepasan cualquier tipo de información leída en los antiguos diarios madrileños. No encontré información en ningún medio capaz de describir la sensación del frío en

el cuerpo a lo largo de un duro invierno, el ritual del agua gélida para el aseo en la palangana, o el olor del aire viciado del interior de sus viviendas por falta de espacio durante el calor infernal del verano. La voz de sus recuerdos fue esencial para reconstruir el atrezo y las escenas.

Fui enamorándome de cada personaje, ello hizo que visualizara cada uno como si existiera realmente. Muchos de estos personajes tienen fragmentos de las personas mayores con las que tuve el honor de pasear aquellas mañanas por los alrededores de la plaza del Rastro, perdiéndome entre sus angostas calles y buscando viajar en el tiempo, a veces logré conseguirlo.

Espero hacerte caminar por las calles de un Madrid no tan lejano en el tiempo. Una ciudad enterrada por la llegada del progreso, y que a medida que transcurre el tiempo va perdiéndose de la memoria bajo el pavimento, el alquitrán y las baldosas que hoy pisas cuando caminas por su casco antiguo. En ella dormitan los adoquines de piedra y bajo estos, la tierra por la que los carros de los comerciantes tirados por equinos abastecían los mercados. Este es el Madrid que con gran esfuerzo y cariño he reconstruido para ti.

Para los amantes de Madrid será imposible no tener un plano cerca de la novela o abrir un callejero desde internet, pues hay mucha historia y mención a las calles, plazas, travesías, monumentos, comercios, cafés, mesones, tascas y todo el decorado en el que se desarrolla esta historia.

En las primeras páginas se incluye el listado de los personajes que aparecen en la novela, ordenados por vivienda. Ocurrirá que página a página y sin necesidad de recurrir a este índice, no solo conozcas y ubiques a cada personaje, sino que tomarás asiento en el patio con sus vecinas, subirás los

viejos peldaños de madera que llevan al corredor para echar la tarde con los del club de la Baranda. Así es como he logrado escribir esta historia, desde dentro. Cada vez que me sentaba a escribir mi imaginación cruzaba el portón de los Abades 11.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	9
INTRODUCCIÓN.....	13
LOS VECINOS DE LA CORRALA	19
1. MADRID.....	27
2. LA CORRALA Y SUS VECINOS	37
3. LA SOLEDAD DE DON RAMÓN Y LA PENA DEL ÁNGEL.....	51
4. LA VERBENA Y LA HISTORIA DE DON MANUEL.....	57
5. LA COCINA DE LA PURA Y EL CORAZÓN DE DON MANUEL.....	71
6. VISITA A SAN ANTONIO.....	83
7. LA NEMESIA Y EL TOMÁS.....	97
8. ASOMA EL CALOR EN LOS MADRILES.....	103
9. EL PROGRESO, LA FALTA DE EMPLEO Y MORALIDAD	107
10. LA PURA Y EL TOÑO.....	111
11. EL RASTRO Y EL GREMIO DE LA COSTURA	115
12. DON MANUEL Y EL CEMENTERIO DE LA ALMUDENA	123
13. EL CALOR Y EL MANZANARES, BLANCO Y ROJO.....	131
14. LA MERCEDES Y LA MANTELERÍA DE GAL	137

15. LA FUENTE DE LOS MACHOS, LA JOSEFA Y DOÑA ENCARNA	147
16. LA NOBLEZA DE DON RAMÓN Y EL VINO DE DON MANUEL	159
17. EL BRINDIS POR EL AMOR, ENRIQUETA	165
18. LA NOTARÍA DE LA CALLE CARRANZA	171
19. EL ISIDRO Y EL PÁRROCO DON FÉLIX.....	177
20. EL FRÍO OTOÑO Y LA FE DE LA PAQUITA	183
21. LA MERCEDES Y EL MAESTRO BORDADOR.....	191
22. Y LA JOSEFA BAJÓ AL PATIO	201
23. EL LUTO DE LA SEÑÁ ANA, TIEMPOS NEGROS DE MADRID.....	209
24. EL COSME, EL RAMÓN Y LOS BESOS PERDIDOS.....	213
25. VIDA Y MILAGROS DE NUESTRA PAQUITA.....	221
26. LA DECISIÓN DE ENRIQUE Y LA ENTREVISTA DE ROSITA	229
27. LA JUANA Y EL CRIMEN DE LA POSADA DEL PEINE.....	237
28. LA CITA DEL CAFÉ VIENA	241
29. LA CLAUDIA Y EL PAN DEL TOMÁS.....	247
30. LA VISITA DE AL LADO, FUTUROS CONSUEGROS.....	253
31. NO ES FÁCIL DESPEDIRSE	263

Los vecinos de la corrala:

VIVIENDA 1:

Paquita: Trabaja en un taller de costura. No es de las que lleva la voz cantante en el grupo de las comadres, pero se la tiene en cuenta para las decisiones por su antigüedad en la corrala. Devota acérrima de la virgen de la Almudena. Es risueña y positiva.

Alfonso: Recepcionista en un hotel de la Carrera de San Jerónimo. Siempre bien arreglado, no es una persona engréida ni estirada, solo elegante. Es algo callado y bastante introvertido. Hombre noble y a pesar de ser parco en palabras, siempre se puede contar con él.

Fernandito: Hijo de la Paquita y el Alfonso, tiene 10 años, es rebelde, zascandil e inquieto a todas horas. Cuando se junta con Pedrito es un no parar de golpes y trastadas.

VIVIENDA 2:

Juana: Trabaja en la Posada del Peine como supervisora, lavandera y planchadora. Es pura fuente de energía, pues no deja estar quieto a nadie, hacendosa hasta el agotamiento. Es una mujer de carácter fuerte, clara y directa, sin máscaras.

Isidro: Carpintero en un taller de la calle de la Ventosa, junto a San Francisco de Asís. Es mañoso y se ocupa de hacer todo cuanto los otros carpinteros no son capaces. Su personalidad es abierta.

Lucía: Hija de la Juana y el Isidro. Tiene once añitos y junto a la hija de Ángel y Rosa son las únicas niñas de la corrala. Mimadas por todos y muy queridas por Angelita, la hija de la viuda *señá* Ana.

VIVIENDA 3:

Pura: Es la voz de mando entre las mujeres de la corrala. La Pura trabaja de cocinera en un restaurante de la Cava Baja, una mano sacra para los exquisitos guisos que ponen a la corrala de rodillas cuando los olores de su cocina emanan por los corredores. El cocido de la Pura es bien conocido por los vecinos y mejor pagado por los clientes del restaurante. A la Pura se la quiere y ella se deja querer por sus vecinas. El amor que siente por el Toño no ha cambiado desde el primer día que se besaron a escondidas.

Toño: Es grande como una montaña, fuerte como un roble, no podía ser de otro modo. Criado en la herrería del barrio de los chisperos, todo lo que tiene de grande lo posee de bonachón. Artesano del hierro y maestro en la forja. Inventor y solucionador de los problemas que acarrearán las piezas de las máquinas en fábricas, talleres y arreglos varios a título personal en viviendas.

Andrés: Hijo de la Pura y el Toño, tiene dieciséis años y trabaja de mozo aprendiz en la carpintería con el Isidro.

VIVIENDA 4:

Rosa: Trabaja en la calle Prado, junto a la Plaza de Santa Ana. Su gremio es el servicio doméstico. La Rosa cuida de su Ángel como una madre, el Ángel se deja cuidar porque sabe que eso le hace sentir bien. La Rosa es un encanto de mujer, un cielo de persona. Las vecinas sienten un cariño especial por ella al ser la más joven.

Ángel: Trabaja al principio de la novela en el matadero de la Puerta de Toledo, pasando después a formar parte de la plantilla de un taller de curtidores en el Paseo de las Acacias. Ángel es sensible y cariñoso, un buen amigo de sus amigos.

Pedrito: Hijo de la Rosa y el Ángel, tiene 9 añitos, es el compañero inseparable de trastadas de Fernandito, el hijo de la Paquita y el Alfonso.

Luisa: Hermana mayor de Pedrito, tiene once años. Amiga y por cercanía casi hermana de Lucía, la hija de la Juana y el Isidro. Ambas tienen la misma edad.

VIVIENDA 5:

Don Manuel: Es uno de los personajes más entrañables de nuestra corrala. Tras él se halla la historia de amor con Enriqueta. El fantasma de su amada crea una trama emotiva y cargada de sentimientos en la corrala. Los vecinos ven a don Manuel con otros ojos tras conocer los motivos que le llevaron a su vecindad. En un principio le consideran estirado y altivo, pero tras conocer su historia comienzan a ver realmente la soledad que porta consigo desde que llegó a la corrala, vivienda de la cual es propietario. Abandonó un acomodado pisito en la calle Nicasio Gallego.

VIVIENDA 6:

Nemesia: Por edad, la mayor de las vecinas. Ayuda a su Tomás remendando y adecentando las prendas que consigue, las plancha y las lava para llevarlas los domingos al Rastro. La Nemesia es de las que habla con sus silencios. Le encanta llevar a los cuatro pequeños de la corrala al colegio. No tuvo hijos porque según ella «así Dios lo dispuso».

Tomás: Es buena persona y de nobles sentimientos. Tiene un carácter abierto, algo cabezota. Regenta la trapería que hay bajo las escalinatas de la entrada de la corrala, en su parte izquierda. Trabajador y buen samaritano, es muy caritativo.

VIVIENDA 7:

Pilar: Ama de casa, no tiene oficio porque su Cosme no lo necesita, con su jornal es suficiente, pero no por negativa, pues no es machista, sino por evitar que nadie la explote en una jornada mal pagada. La Pilar se ocupa de las compras, la comida, la limpieza de la casa y de su suegro, el Ramón. La Pilar ocupa su lugar especial en la comandancia de las mujeres. Es conocedora de todos los precios y mercancías de los mercados de abastos, parte fundamental del ajuste en los gastos del jornal.

Cosme: Albañil de oficio, trabaja para el ayuntamiento. Actualmente se encuentra enterrando la historia del suelo de Madrid, cubriéndolo con el empedrado de las calles casi de sol a sol. Oficioso y dispuesto para echar una mano a cualquiera de sus vecinos. Las mejoras que se realizan en la corrala siempre parten de sus manos.

Ramón: Padre del Cosme. El único jubilado de la corrala, quien lo ha visto todo y ha sobrevivido a años de duro trabajo. Tiene un sitio especial entre los que componen el club de la Baranda. Es callado de voz y hablador en gestos y expresiones. Siempre le acompaña un pitillo liado con esmero entre los labios, a veces prendido y las que más, apagado.

Francisco: Hijo de la Pilar y el Cosme, aún se molesta cuando le llaman *Paquito*, hizo los 17 años y aun así no logra ser Francisco. Trabaja en una fábrica de papeles pintados del Paseo de las Acacias.

VIVIENDA 8:

Viuda *señá* Ana: En la corrala todos vivieron el triste episodio de la muerte de su Dionisio. Los vecinos estuvieron a la altura de las circunstancias. Los lazos se hicieron fuertes cuando la desgracia llamó a la puerta de la viuda. La pérdida de un miembro del club de la Baranda muy querido por la humildad y el amor que desprendía. Su muerte cayó como un jarro de agua fría y desde entonces forma parte de algo más que la vecindad, es parte de la familia de todos ellos.

Angelita: La flor y nata de la corrala, tiene dieciséis años. Una joven dulce y cariñosa que ayuda a su madre, la viuda. Encuentra siempre tiempo para echar una mano en lo que haga falta a sus vecinas.

José: Tiene dieciocho años y por recomendación de la Pura entró a trabajar con esta como camarero en la Cava Baja.

Carlos: Es el mayor de los hermanos, tiene veintiún años. Trabaja como tapicero en la calle de los Tres Peces.

VIVIENDA 9:

Mercedes: Dicen que detrás de todo gran hombre siempre hay una gran mujer. La mujer de nuestro Pascual no iba a ser menos. Mercedes posee unas manos de oro, heredó el arte del bordado por parte de madre y abuela. Trabaja a demanda de los encargos que la hacen. Tiene mucho peso en las decisiones de la corrala, siempre dispuesta cuando es necesario.

Pascual: El personaje estrella de la corrala. Extrovertido, espontáneo, conocedor de mil historias y narrador único de todas ellas. El alma de la fiesta y amigo de todos. El club de la Baranda le admira y quiere a partes iguales. El Pascual siempre está cuando hace falta. Posee las palabras apropiadas en el momento más necesario.

Enriquito: Aunque ha pasado a llamarse señorito Enrique, pues superó con nota el acceso al ayuntamiento de Carabanchel. Ha dejado de ser meritorio para convertirse en un funcionario, tiene veintidós años. Está locamente enamorado de su vecina Rosita, la hija de la portera.

VIVIENDA 10:

Josefa: La portera de la corrala y uno de los personajes con más fuerza. Tiene una fachada de piedra y un corazón como el algodón. La transformación que nuestra Josefa va a experimentar a lo largo de la novela conseguirá que el lector le coja un gran cariño. Enamorada de su comunidad, ha despertado en ella la necesidad de compartir y convivir sin la distancia que le impone el cargo que representa. Sabe que esta comunidad es única. El cansancio de luchar y pelear durante años en otras comunidades le tiene dando vueltas a una idea.

Pablo: Es el último hombre que llegó a la comunidad. Repara y alarga la vida del calzado. Esposo de la portera y regente del otro quiosco que se halla junto al del Tomás. A pesar de que su mujer no quiere que se relacione más de la cuenta con los vecinos, siempre anda con ellos y es bien acogido por todos por su forma de ser, un santo sin sotana. Es buen amigo del Tomás, aunque este no quiera cambiarle el sitio para estar bajo las escalinatas de su vivienda.

Rosita: Es la hija de la portera y el zapatero. Maestra de colegio, hace poco que terminó los estudios, suspira por su vecino, el señorito Enrique, aunque su madre no les quita ojo. Tiene casi veintiún años.



1. MADRID

Amanece Madrid y sus sonidos matinales resuenan en el aire, expandiéndose, ramificándose, deslizándose entre calles y callejuelas estrechas hasta hacer eco en la corrala. El tintineo de la campanilla del tranvía, las cornetas de los cuarteles, el tañer de campanas de iglesias y parroquias como San Cayetano, que es la más cercana. Resuenan las sirenas de las fábricas y talleres anunciando el prelude de una intensa y larga jornada.

Multitud de estos sonidos planean en el aire, penetrando entre callejas, ascendiendo las empinadas costanillas, atajando por las travesías y traspasando las plazuelas hasta filtrarse nuevamente entre viviendas y soportales, trepando las paredes y saltando los viejos tejados hasta atravesar el portón número 11 de la calle de los Abades, en pleno barrio de Lavapiés. Por el portón también entra a hora temprana una mujer vestida de negro; zapatillas, medias, falda amplia cubriendo los tobillos, delantal y un pañuelo que cubre su cabello recogido en un moño. Regresa de *aí* al *lao*, dos calles más atrás y trae agua de la fuente de Cabestreros. La *señá* Ana es viuda desde hace seis años, su difunto el señor Dionisio murió como los pajarillos, sin apenas hacer ruido. Se acostó la noche anterior tras besar a sus hijos en la frente: a Carlos, el mayor; José, el mediano y a su princesa Angelita. La noche se lo llevó mientras dormía.

Despertó junto al cuerpo de su difunto y al momento supo que algo ocurría. Su Dionisio siempre le dejaba el café en el puchero sobre el hornillo aún caliente de la cocina, antes de salir temprano a trabajar y ella despertaba por el agradable aroma de este. Aquella mañana no hubo café, el hornillo se hallaba frío, tan frío como la mano que la *señá* Ana encontró sobre la sábana. Después todo fueron lágrimas, eso sí, arrojadas por los vecinos que atendían a la familia, porque donde hay pobreza y humildad también cubre mucho el cariño. Las vecinas más cercanas, como manda la tradición, fueron las encargadas de amortajar y preparar el cuerpo del Dionisio. Los llantos emanaban del corazón, por sentimientos y cercanía.

La corrala alberga en sus diez viviendas no solo a los vecinos, sino a una gran familia que siempre está ahí para apoyarse los unos a los otros en los momentos duros. Un único corredor en forma de «U» que da igualmente para las grescas, los cotilleos, las risas y las fiestas en un patio adornado con guirnaldas y farolillos o como en aquellos momentos, para compartir el dolor cuando alguno de los que formaban la gran familia les dejaba inesperadamente.

Los vecinos prepararon el café y asistieron a los hijos de la viuda, se encargaron de hacer algo más llevadera la muerte tan repentina de un buen hombre, con la compañía y el abrazo como único consuelo para los peores momentos del trance.

El Dionisio había tenido la nobleza y la humildad de los hombres que todo lo aceptan y a poco se oponen. Fue el Dionisio hijo de cordelero y gracias a ello encontró trabajo en una cordelería de la calle Toledo, buen vendedor de este género porque pasó la niñez ayudando a su padre, aprendiendo el oficio allá en Lupina, un pueblo de Guadalajara donde desde bien pequeño conoció cada paso en el proceso de elabora-

ción de una cuerda, desde machacar y cardar el cáñamo, hasta estirar y retorcer los hilos entrelazándolos para obtener una buena sogá. Trabajó mañoso el cordel y artesanalmente el esparto. El dueño de la cordelería estaba a punto de jubilarse cuando el Dionisio atravesó la puerta del establecimiento buscando un jornal.

A raíz de aquel día fue el nuevo dependiente y con el tiempo firmó una renta con el propietario, haciéndose cargo del negocio. Las albardas de esparto que sus manos trabajaron no tardaron en darse a conocer por los aguadores y comerciantes de Madrid. Reparó con maestría los asientos cordelados de las sillas y el negocio fue prosperando a base de mucho esfuerzo y horas de trabajo. Una vez muerto el Dionisio, murió también el legado de la cordelería, sus hijos nunca mostraron interés por el oficio y él no fue de obligarlos, decía que «cada hombre busca su destino». Eran otros tiempos y Madrid ofrecía pocas posibilidades.

La viuda *señá* Ana siempre madrugaba para ir a por agua, *apretá* la tinaja de barro bajo su brazo y apoyada sobre la cadera coincide con los aguadores de Madrid, que ya buscan el chorro temprano en el caño de la fuente, la frescura en el agua. Unos con carro y otros acomodando sobre la albarda de dos a cuatro tinajas a los lomos de un equino. Grandes y medianas tinajas o barriles colmados listos para ser transportados a quienes por encargo los solicitan; aljibes, cántaras de viviendas que carecen de fuente o pozo, tascas que diariamente rellenan sus cubas tras la barra y que rara vez daban por limpiar, protagonistas estas de muchas de las purgas que postran en cama y retrete a más de un pobre infeliz.

Aguadores que por unos céntimos aplacan la sed de los que transitan por las calles bajo el sol de finales de mayo. La tinaja

de la mujer enlutada tiene preferencia y son los propios aguadores, por respeto y vecindad, los que se ofrecen a llenársela.

Entra la viuda cada mañana, una vez cumplido su ritual del agua, cruza el portón del número once de los Abades y allí, bajo los viejos escalones de madera de la parte izquierda, en un quiosquillo humilde se encuentra la trapería. Hay un hombre trasteando entre paños, cachivaches y cacharros recogidos de las calles, unos para reciclar y otros para fundir. A él todo le vale, el Tomás es de tez morena, rostro anguloso y su cuerpo muestra el desgaste, un desgaste cincelado durante años con el esfuerzo y la lucha por la supervivencia.

El Tomás vive en la vivienda seis de la corrala, es hombre de buen trato. Compra trapos viejos que, tras ser lavados por su mujer, la Nemesia, son vendidos a los talleres del barrio, imprentas, comercios e incluso a tascas y mesones. Las prendas viejas, aunque no inservibles, se lavan y remiendan igualmente para ser vendidas los días de Rastro. El Tomás también vende pan duro, siempre hay quienes no pueden pagar «el pan nuestro de cada día» y se lo compran al traperero. Un pan que adquiere de mesones, tabernas, hostales y algún que otro restaurante, manoseado, rancio y a veces enmohecido por dentro, pero para quitar el hambre se prescinde de los escrúpulos y a la trapería del Tomás acuden con la guita en la mano y el hambre en las tripas.

El Tomás ayuda siempre que puede a la viuda *señá* Ana a subir la tinaja al rellano del corredor, ella le da las gracias quejándose del agua del pozo que se halla al fondo del patio de la corrala.

«Ya sabe usted, Tomás, que nuestra agua *tie* un sabor raro», dice la viuda disculpándose al no tomar agua el pozo del patio.

Abre la puerta de la vivienda ocho con dificultad, el peso de la tinaja no ayuda, toca preparar los desayunos de sus hijos.

Los tazones de barro se hayan dispuestos en una pequeña alacena, ocultos tras un visillo de finas rayas verticales azules y blancas. Carlos, el mayor, trabaja de tapicero en un taller a no más de cuatro o cinco calles de allí, en la de los Tres Peces. José, el mediano, se ha colocado como camarero en un mesón de la Cava Baja por referencia de la Pura, que aparte de vivir en la misma corrala, es la cocinera del mesón y cuando se enteró de que hacía falta un mozo para las mesas, acordose del Joselito, como así así le llaman cariñosamente gran parte de los vecinos.

Falta por nombrar a la flor de la casa, Angelita. Esta era la princesita del difunto Dionisio, ha cumplido los dieciséis años y es la alegría de la vecindad. Siempre con la sonrisa en su carita dulce, de ojos despiertos y muy colaboradora. La joven se desvive en ayudar a todos los vecinos tras finalizar las tareas domésticas con su madre.

Aún recordaba Angelita sonriendo las fiestas de la Cruz de mayo, fue elegida la «maya». Iba preciosa con un vestido blanco con florecillas azules que la Juana, vecina de la vivienda dos de la corrala, le había hecho con las telas que le regaló su madre. ¡Cómo le gritaban!: «¡Para la maya! ¡Para la maya! ¡Para la maya! ¡Qué es linda y galanal!».

Angelita desfiló sentada en un trono de madera adornado de telas y rodeada de flores, los que se acercaban, bien le dejaban unas monedas o le piropeaban dándole la enhorabuena y siguiéndola hasta la plaza del Dos de mayo, lugar donde se iniciaba la procesión hasta la plaza de la Villa para la ofrenda de las cruces florales.

Aquellas monedas que recogió dieron para una modesta merienda con sus vecinos en el patio. Días después, seguían apareciendo ocasionalmente mozos y niños que asomaban

fugazmente por la entrada de la corrala y gritaban: «¡Maya, guapa! ¡Maya, guapa!». Angelita, si se hallaba dentro de la casa o por los corredores, sonreía y la voz de alguna de sus vecinas se sumaban al piropo: «¡Maya, preciosa! ¡Maya, preciosa!».

La trapería de Tomás no es el único quiosquillo. La corrala traspasado el portalón tiene dos escaleras; bajo la escalera de la izquierda se encuentra la trapería, bajo la escalera de la derecha se halla otro pequeño chiscón en el que reza sobre un tablón de color verde con letras blancas algo desalineadas: «zapatero». Este es don Pablo, un hombre noble, algo regordete, cobijado bajo su inseparable boina negra, cubriendo un pelo que las canas han ido tiñendo con el paso de los años. El zapatero es el marido de la Josefa, la portera. Ellos viven en la vivienda diez, es curioso, pero bajo la vivienda de este se halla la trapería. Algunas veces propone el Pablo cambiar de chiringuito al Tomás para hallarse más cerca de su casa, pero el Tomás lleva muchos años bajo la misma escalera y dice que allí habrán de enterrarle, aprovechando la madera de su trapería para confeccionar la caja mortuoria.

Con el buen tiempo siempre andan los dos sentados fuera de sus tenderetes y en la estación de lluvias levantan un improvisado techado con dos palos y un trozo de lona para no mojarse. Solo el invierno los empuja a buscar cobijo en el interior de sus pequeños chiscones, envueltos en mantas para sobrevivir al frío de los Madriles, un frío que penetra como una cuchilla y agarrota el cuerpo.

A la Josefa no le gusta que su Pablo hable mucho con el Tomás, bueno... con el Tomás ni con vecino alguno, ella, al ser la portera toma distancia de todos. Dice que tiene que huir de todo trato social con sus vecinos, pues es la encargada de recaudar los alquileres y los gastos que puedan derivarse de la comunidad y

transmitir las normas y servicios vecinales que se le ordenan a través de la casera, es por ello que se mantiene a distancia de todos, pero avinagrada, porque en el fondo se muere por sumarse a las coplillas de las vecinas, a sus chismes y sus cosas.

Hace un año que la Josefa fue instalada por la casera en aquella vivienda, una vivienda desalojada con mucho esfuerzo y pesar, en la que tuvo que intervenir la policía con un desahucio judicial para sacar a toda una familia después de caer enfermo el hombre de la casa, el Fermín. Su parienta no llegaba a cubrir con el jornal de lavandera el arrendamiento y una tarde la policía se presentó y sacó a empujones a toda la familia, el Fermín muy enfermo, la Claudia y sus dos hijos, Raúl de siete años y Antoñito de cuatro. Aquello podría haber ocurrido a cualquiera de los que allí vivían.

Los vecinos trataron de ayudar mientras pensaban que el Fermín se iba a recuperar, colaborando en una colecta para pagar parte del alquiler y la comida, pero después de varios meses el gasto se hizo insostenible.

Se fueron a vivir a «las injurias», un arrabal de miserias donde la insalubridad, el abandono y las infecciones se llevaban por delante a quienes se hallaban enfermos. No duró el Fermín tres semanas, murió en aquel infierno, con sus dos hijos y la Claudia agarrando su mano: «¡Ay, Fermín! ¡Qué mal te ha tratado la vida!», dijo apiadándose de su esposo.

Y qué verdad era, porque Fermín trabajó en la fábrica de cerillas La Luminosa. Pasó largas jornadas manipulando aquel veneno durante años. Comenzó a sentirse mal y el dolor de mandíbulas le hizo gritar durante horas, todos le escucharon, pero nada se pudo hacer.

Le llamaban fosfocrosis por la manipulación del fósforo blanco, este le fue envenenando, deformando y desfigurando

la cara muy lentamente. En la fábrica no tardaron en prescindir de él, dijeron que daba mala imagen, así que Fermín perdió el trabajo, el hogar y finalmente la vida. Un orden descendente a los infiernos que solían conocer muchos pobres desgraciados en aquellos años.

El día que los desahuciaron, la corrala quedó sumida en el silencio, un silencio que escondió la rabia e impotencia por no haber podido hacer más, el silencio de pensar que una enfermedad podría llegar a cualquiera de ellos y perder las cuatro paredes, o más duro aún, de alimentar a sus familias y tomar el camino de los arrabales.

El Madrid de principios de siglo tiene dos contrastes; es un Madrid de burgueses que habitan en sus palacetes del Paseo de Recoletos, Paseo del Prado y en las grandes casas señoriales de calles como la de Alcalá, Jorge Juan, Goya, Ayala... barrios que desconocen la pobreza y no caen en la cuenta de que esta tiene nombres, caras y una vida miserable. El otro Madrid se halla disperso por los barrios bajos, los barrios trabajadores. Es una gran comunidad humilde que en el mejor de los casos posee un trabajo para poder dar de comer a los suyos y con mucha suerte, para cubrir el alquiler de cuatro paredes que, dependiendo de la cantidad de pesetas, así serán los metros por habitar.

Madrid se halla ocupada por mendigos, hombres, mujeres, niños sin techo bajo el que dormir, son la sombra oscura de la clase baja, más que baja, hundida en el lodo, desarrapados, sucios y condenados a una muerte prematura. Por las noches algunas callejuelas parecen cementerios, aparecen cuerpos junto a las paredes, tumbas de trapos viejos, cartones o materiales recogidos de los estercoleros. El olor a los orines, a defecación y la suciedad de sus cuerpos, propaga enfermedades como el

cólera, el tifus, la tuberculosis o el paludismo. No todos llegan a ver la luz del día.

La clase alta y aburguesada no apuesta por la industria, su riqueza se reinvierte en los terrenos urbanos y la bolsa, Madrid no progresa. La España rural castellana huye de la hambruna que ocasiona el caciquismo de las tierras, esperando encontrar la salvación a su pobreza. El sueño de la gran ciudad llena de posibilidades revela sus pesadillas, precarios trabajos que terminarán de arruinarles, haciéndolos vagar por las calles o en los arrabales que dan cobijo a los despojos sociales, permaneciendo a la espera de un milagro que jamás termina por llegar. La delincuencia, la estafa, el robo, el asesinato y la muerte son el escenario cotidiano. La desesperación les empuja a cometer cualquier acto para poder sobrevivir.

Con el tiempo se olvidó a la Claudia y sus pequeños, porque recordar era anclar el dolor y el miedo. Todas las personas tratan de enterrar en un profundo agujero los malos recuerdos, es duro decirlo así: «Las desgracias duran lo justo en aquellos que no les caen cerca».

